

propuestas, pues no estaba en sus planes. Pero eso no quita que las podamos entre leer de las fojas borroneadas, y descubrir que no hay nada nuevo bajo el sol, que la izquierda quiere seguir siendo la izquierda, cuyas recetas son las mismas, las opuestas a las de los liberales. Si el liberalismo no ha cambiado, ¿por qué habría de hacerlo el hijo rebelde que les nació? Y si el liberalismo tiene tantas vidas como los gatos, o más, ¿por qué no habría de tenerlas el entenado?

Juan Fernando SEGOVIA

David Wootton, *Power, pleasure, and profit. Insatiable appetites from Machiavelli to Madison*, Cambridge-Londres, Belknap Press, 2018, 386 pp.

David Wootton, veterano historiador inglés, que enseña en la Universidad de York, se ha especializado en historia intelectual del Renacimiento, a la que ha dedicado algunos libros como los escritos sobre Paolo Sarpi (1983) y Galileo Galilei (2010). Pero quizá su obra más famosa sea una breve historia de la revolución científica (2016) que se tradujo al español por su carácter de divulgación, supongo. Ha editado obras de Maquiavelo, Tomás Moro, Rousseau, Voltaire y Locke, hasta donde sé. Es un experto en estas materias.

Lo que me llamó la atención es la osadía de Wootton de poner las palabras «apetitos insaciables» para referirse a una época y una mentalidad que por lo común se describe como racional –racionalista e idealista–, mesurada, incluso realista. No es que desconozca la importancia de las pasiones desde el Renacimiento y los humanistas en adelante. Basta leer a Maquiavelo y otros de su siglo y los siguientes para darse cuenta de que la razón viene a remolque de las pasiones, ennoblecidas hasta el extremo en Spinoza. La Modernidad no olvidado esas pasiones –de las que figuran en el título: el poder, el placer, la ganancia y el dinero– y otras muchas más –el temor, el egoísmo, el amor propio, la autoconservación, la gloria, el interés propio, etc.–, porque la razón las descubre y las explota para sus fines, como un resorte de su mecánica.

Vayamos pues al libro. Tiene 386 páginas y en ellas hay varias reproducciones de las portadas de los libros de la época. El título está parcialmente tomado de un autor desconocido, William Percey, que en 1658 escribiera *The Compleat Swimmer*, obra en la que designara al placer y la ganancia como los dos únicos fines

atendibles. Aunque no se excluyen otros que se exhiben en «Al lector» y que se desenvolverán en los capítulos. En el Primero de los nueve, «Apetitos insaciables», Wootton se vale de un pasaje del filósofo canadiense MacIntyre en el que afirma que desde Maquiavelo y Hobbes la filosofía moral se ha hecho imposible. Es el «emotivismo», que MacIntyre propone superar volviendo a Aristóteles y Santo Tomás. Pero Wootton nos advierte que esa solución no es la suya. Un segundo texto de MacIntyre señala que el proyecto de la Ilustración radica en la maximización de los placeres y las ventajas, a lo que responde Wootton que con la posmodernidad se han abierto pasajes a varias «Ilustraciones», objeción irrelevante que más bien confirma la tesis. Esto, sin embargo, ha servido al autor para acreditar su posición: no rechaza, como los católicos, el paradigma ilustrado, pero tampoco lo defiende; lo que quiere es mostrar cuán unido está tal paradigma –como lo llama– a nuestra forma de vida.

Esclarecida la actitud y la mentalidad del autor –una suerte de objetividad científica privada de inquietud filosófica y apetito crítico–, regresemos a los capítulos. El Segundo trata del poder y la mala lectura de Maquiavelo, que sería la de aquellos que presentan al florentino como un «maquiavélico», un hombre sin principios, frío, calculador, violento, porque para nuestro autor el maquiavelismo constituye todo un sistema bien trabado. Mas lo que nos mostrará Wootton –tras repasar los consejos y las opiniones del italiano– es su influencia, en concreto cómo se interpretaba a Maquiavelo para controlar a Irlanda en la Inglaterra de Isabel, durante el mismo siglo XVI. El tema ya no es la gloria del príncipe o la grandeza de la república sino la razón de Estado, que recorre guiado de la obra del poeta y escritor Edmund Spenser, conocido por *The Faerie Queene* (1590, 1596). No muy feliz manera de concluir.

El Tercero introduce «la felicidad» en sus manifestaciones pasionales ya vistas, una concepción hobbesiana que, de alguna forma, es predominante en la Modernidad, encadenando ganancia, bienestar y seguridad, concluyendo en el placer que las justifica, legítima. Varias muestras trae Wootton de esta ligazón. Así se explica la reintroducción del epicureísmo por P. Gassendi y la enorme influencia que tuvo esta filosofía entre los modernos, con sus corolarios relativistas, subjetivistas, que genera la tensión entre el individuo y la sociedad. La comparación de la idea de felicidad en los clásicos y los modernos, permite descubrir el potencial revolucionario de esta felicidad secular, terrenal, entendida como deseo

natural primario (como lo llamó Kenelm Digby), del que se valen tanto las utopías (el autor analiza brevemente la de San Tomás Moro) y los mecanicismos modernos (tal el de Hobbes).

Los sistemas egoístas de Hobbes y Locke (interés propio, amor de sí, autopreservación) entran a tallar en el capítulo 4, al punto tal que para D. Hume, epicureísmo y hobbismo eran sinónimos. El estudio de Wootton es ajustado y erudito; particularmente aguda es su interpretación de Locke –a quien lamentablemente dedica pocas páginas– como un hobbista «aguado», pero hobbista al fin. En el capítulo siguiente estudia la sustitución de la virtud por la utilidad, una derivación del epicureísmo. La felicidad se vuelve un cálculo hedonista en Richard Cumberland, John Gay y otros, como Helvétius, herederos de Hobbes y Locke, con un acentuado tono materialista-mecanicista (caso típico: Bentham), sentimentalista en algunos, que no pocos atribuyeron al gobierno divino mismo de los hombres y el universo. De interés resulta el examen de los escritos del Marqués de Chastellux, el amigo de Voltaire, que conduce el utilitarismo a sus expresiones económicas. Una pregunta que nos hacemos a esta altura es si la sociedad y sus valores han cambiado de Maquiavelo a Châtelet o Mandeville. La respuesta es evidente: aquellas aguas trajeron estos lodos.

Pareciera que Wootton se sale de la materia cuando en el capítulo Sexto considera el sistema estatal de frenos y contrapesos, los famosos *checks and balances* de los americanos, pero inventado por Montesquieu y antes de él por Locke. Pero no es así porque, como bien dice el autor, se trata de aplicar las ideas consideradas al mecanicismo político del XVIII. Empero, no profundiza el aspecto político. Se lo descubre en la economía diseñada por Adam Smith y la «ciencia del mercado», en la «ciencia de la política» de James Madison, y en tantos otros. Vale aquí recordar la prematura crítica de David Hume –tan apegado en su filosofía a esas «pasiones insaciables»– cuando apuntó que tal mecanismo era falso, que los individuos, en sus derechos, quedaban sujetos a la buena voluntad de los gobernantes, y que el estado salvaje de naturaleza reverdecía en las sociedades más civilizadas.

La destreza de Wootton nos lleva en el Séptimo capítulo a la consideración de la económica, de la mano de A. Smith y su fantasía de «la mano invisible» –de orígenes morales en él, pero que connota la física moderna de Descartes y Galileo–, demiurgo que gobierna el intercambio y la ganancia de manera discreta e insensible. Mas el autor se permite tocar –si bien ligeramente– otras aristas

de esta concepción mecanicista, como la tolerancia religiosa (Locke, Bayle) y la interacción social (Mandeville) o la gravedad física (Newton). La centralidad que gana el mercado (el smithiano «sistema natural de perfectas libertad y justicia») induce a tratar sus consecuencias perjudiciales, en especial la pobreza y las hambrunas, previstas y analizadas por Smith –el caso irlandés–, que Wootton aborda en el siguiente capítulo. Da cuenta que ese análisis se ha retomado en los abogados del mercado en las últimas décadas, si bien no con el mismo optimismo del escocés, pues el sistema no cierra, aunque así se creyera en el XVIII y el XIX, balance negativo que con sus ojos observaron Ferdinando Galiani y Edmund Burke.

En el capítulo Noveno («En sí mismo evidentes») se comienza haciendo alusión a esas verdades que se afirman en la declaración de la independencia de los Estados Unidos –en particular «la búsqueda de la felicidad»–, escritas por Th. Jefferson, constituidas en el nuevo credo de las naciones libres, algo así como el «sistema natural de perfectas libertad y justicia» de Smith transportado al gobierno de los pueblos. Wootton se vale del suizo Jean-Jacques Burlamaqui, el irlandés Francis Hutcheson, el escocés Thomas Reid y varios otros para mostrar que la moderna concepción de la felicidad ha penetrado hasta los poros, pues el sistema de la naturaleza se ha adueñado de todo y todos, que igual se dice la mecanización del *homo oeconomicus*. Valga de ejemplo estas palabras del Cesare Beccaria: «Esa fuerza, que, como la gravedad, nos impulsa continuamente a nuestro propio interés privado, actúa incesantemente, a menos que se encuentre con un obstáculo que se le oponga.» (p. 236)

El libro cierra con seis Apéndices con apuntes sobre la imitación, el sistema de partida doble, la igualdad en Maquiavelo, el buen samaritano, la prudencia y el mercado.

El libro de David Wootton es interesante. Más todavía, es bueno, pues él es un perito investigador y buen escritor, agudo y erudito. Sin embargo hay materias y temas en las que es difícil innovar o cuando menos aportar algo novedoso, una mirada diferente. Éste del que trata el autor, el de la Ilustración y el liberalismo, con sus vicios y virtudes, está ya bastante trillado, sus rutas han sido andadas y desandadas. Wootton lo ha hecho suficientemente bien como para recomendar su lectura, no obstante que los capítulos a veces cierran de manera abrupta y que se eche de menos el estrechar la continuidad de miras en estos siglos que van del XVI al XVIII, no obstante los variados nombres con que se designan los mismos conceptos.

Una última consideración: Wootton nos ha advertido que no buscaba más que «mostrar», sin juzgar el corazón de la filosofía moral y política moderna ni averiguar alternativas. Y así se queda el libro, sin conclusión alguna, salvo acotadas apuntes antes de los Apéndices, como ésta: «La sociedad comercial ha erosionado los valores aristocráticos» (pág. 241), pero que se escriben asépticamente, sin siquiera un dejo de nostalgia. Empero nosotros podemos ir más allá de los propósitos del autor. Pues él ha desnudado al rey, dígame del individuo, dígame del Estado. Uno y otro están, en la Modernidad, montados sobre el egoísmo, el hedonismo y el materialismo, enlazados de forma mecanicista y utilitarista. ¿No explica ello el nihilismo de ayer y de hoy? ¿No explica, además, el actual mal funcionamiento de la máquina, la bancarrota del sistema? ¿No da cuenta del descrédito de la religión verdadera y de la tan manida crisis sistémica de la cultura contemporánea? Una falsa antropología que incuba una paupérrima ciencia política no pueden sino dar los frutos que –cinco siglos más tarde– padecemos atribulados.

Juan Fernando SEGOVIA

Thomas Telios, Dieter Thomä y Ulrich Schmid (ed.), *The Russian Revolution as ideal and practice. Failures, legacies, and the future of revolution*, Cham, Palgrave MacMillan, 2020 (e-book).

La serie intitulada «Teoría Política Crítica y Práctica Radical», que dirige el especialista en ciencia política Stephen Eric Bronner, de la Universidad Rutgers (Nueva Jersey, Estados Unidos de Norteamérica), promueve nuevos autores, temas heterodoxos, interpretaciones críticas de los clásicos y otros trabajos destacados en veta heterodoxa (<http://www.palgrave.com/gp/series/14938>). Se trata de una colección que busca salirse de lo establecido desde el punto de vista de la teoría crítica de la política, una publicación de inconformistas. Comenzó en el año 2013 con un trabajo sobre Freud y la política subterránea y el último ejemplar, aparecido el pasado año, está dedicado a revalorizar a Pico de la Mirandola.

El tomo que acá comentamos encara la Revolución Rusa en sus aspectos ideales y prácticos, sus fracasos, sus legados y el futuro de la revolución. Los tres editores son profesores universitarios de la Universidad de San Galo en Suiza. Th. Telios y D. Thomä